

estacada que le estorbaba el paso, pero abriéndose camino con sus propias manos, exclamó dirigiéndose á sus tropas: «¡Hijos de Nueva-York, no temais marchar por donde vuestro general os conduzca!» Así diciendo, lanzóse sobre la batería, pero el vigilante capitán Barnsfare, que aguardaba el ataque á pié firme, mandó romper fuego cuando los sitiadores estuvieron á pocos pasos, y una mortífera lluvia de balas barrió todo el terreno, dejando muerto en el acto al intrépido Montgomery así como también á los capitanes Cheesman y Mr. Pherson, y otros valientes. Aterrados ante aquel fatal y sangriento desenlace, los americanos huyeron en desorden.

Entre tanto Arnold avanzaba por el lado opuesto resueltamente para comenzar un ataque desesperado, pero al asaltar la primera empalizada, fué herido gravemente en una pierna y tuvo que retirarse del lugar del combate. «Dichoso él, dice Mr. Irving, si hubiese perecido en aquel momento; dichoso si hubiera encontrado bajo las murallas de roca de Quebec la tumba que correspondía á tan intrépido patriota, porque al menos aquellas murallas serian otros tantos monumentos que recordaran su gloria, y su nombre, así como el de Montgomery, habria aumentado el tesoro de los queridos, aunque tristes recuerdos de su país, que entonces no tendria que registrar la única negra mancha que empaña la brillante página de su historia revolucionaria.»

Al retirarse Arnold á causa de su herida, ocupó inmediatamente su puesto el capitán Morgan, quien haciendo avanzar á sus hombres, tomó la primera empalizada y llegó hasta la segunda, que también cayó en poder de los americanos despues de un reñido combate; pero en aquel instante llegó un refuerzo que enviaba Carleton al saber la muerte de

Montgomery, y cercando la retaguardia de Morgan, compuesta de cuatrocientos veinte y seis hombres, la obligaron á rendirse. De este modo ninguna de las dos partidas pudo alcanzar el principal punto de ataque, que era Prescott Gate, donde se hallaba el gobernador resuelto á defenderse hasta el último extremo.

Los ingleses no conocian aun todos los resultados del combate, y tan pronto como se retiraron los sitiadores, salieron de la plaza y sacaron de entre la nieve trece cadáveres, uno de los cuales se sospechó seria el del jefe, si bien no se pudo salir de dudas hasta que un oficial de la division de Arnold identificó su persona con tanta admiracion como profundo sentimiento. Montgomery, hijo de una ilustre familia del norte de Irlanda; habia servido á las órdenes de Wolfe, pero como contrajera despues un enlace en América, abrazó con entusiasmo la causa de su país adoptivo. Su carácter caballeresco, unido á sus virtudes privadas, le granjearon la estimacion y aprecio de todos, haciéndole ocupar un lugar preferente entre los bravos jefes que cayeron bajo las murallas de Quebec (*).

Arnold se encargó entonces del mando de las fuerzas, y trató de mantenerse firme, pero el estado de sus tropas, que se hallaban muy desanimadas, solo le permitió bloquear la plaza á la distancia de tres millas; y en

(*) Muerto Montgomery, olvidáronse los resentimientos que se tenían contra él, y se le enterró pomposamente por orden del general Carleton, mientras que en el Parlamento se hizo su elogio por hombres como Chatham, Burke y Barré. Sus restos mortales fueron trasladados en 1813 á Nueva-York, donde el Congreso dispuso se erigiera un monumento á su memoria con una inscripcion donde se espresaran sus relevantes cualidades, citándose sus señalados é importantes servicios y ensalzando su patriotismo, su constancia, su bravura y su arrojo en los peligros. Poco despues, á consecuencia de lo dispuesto, elevóse un monumento de mármol blanco con divisas y emblemas frente á la capilla de San Pablo, en Nueva-York. ¡Ojalá que su nombre no sea nunca olvidado!

abril de 1776 fué reemplazado por el general Wooster, que trajo consigo un refuerzo, é hizo, aunque inútilmente, varias tentativas para adelantar. A principios de mayo llegaron de Inglaterra varios buques con tropas y víveres, y entonces los americanos se vieron en la precision de levantar el sitio y retirarse á Montreal (*). Desde entonces fueron rechazados en todos los puntos por las superiores fuerzas británicas, y abatidos, dispersos, padeciendo el hambre y la sed, sin ropas con que cubrir sus miembros, llenos de miseria y careciendo en fin de medios de subsistencia, viéronse por último precisados á evacuar toda la provincia el día 18 de junio. El general Gates recibió los restos de aquella fuerza en Crown Point, y en tiempo oportuno consiguió contener los progresos de Burgoyne, segun manifestaremos en otro capítulo.

Hácia fines de setiembre, Washington se creyó obligado á escribir al Congreso para darle cuenta de la situacion que ocupaba delante de Boston. Hé aquí cómo se espresaba: «Me causa profundo sentimiento verme precisado á llamar la atencion del Congreso sobre el estado del ejército, en términos que se pueda creer que este servicio se descuida. Pero mi situacion es sumamente precaria, pues veo que se acerca el invierno, que las tropas están medio desnudas, que el tiempo de su servicio terminará dentro de pocas semanas y en fin, que todavía no se ha tomado medida alguna para atender convenientemente á tan urgentes necesidades. Además de esto, la caja está totalmente exhausta, el habilitado no tiene un cuarto, y el comisario general me asegura que ha usado de todo su crédito para atender hasta ahora á la sub-

(*) Véase la *Historia de la América británica*, por Murray, vol. 1, pág. 181.

sistencia del ejército. La mayor parte de las tropas, por otro lado, se amotinará indudablemente si no se les paga lo que se debe.» El Congreso atendió á la justa demanda del comandante en jefe, y hácia mediados del mes de octubre nombróse un comité compuesto de Franklin, Lynch y Harrison, que se dirigió luego á Cambridge para verse con los delegados de las colonias de Nueva-Inglaterra y tomar las medidas necesarias en aquel apurado caso. Segun la recomendacion de Washington, autorizóse la organizacion de veinte y seis regimientos, que formarian un total de veinte mil hombres, pues se supuso que en las cuatro colonias de Nueva-Inglaterra podrian reunirse treinta y dos mil, que sirvieran durante el año, tiempo máximo por el que el Congreso queria enganchar á las tropas. Segun ya hemos dicho antes, este método de alistamiento era un error fatal, cuyas consecuencias se sintieron durante toda la guerra. La discrecion y la prudencia de Washington tuvieron que sufrir rudas pruebas antes de que consiguiese llevar á cabo la difícil tarea de organizar el ejército segun el plan que él se habia propuesto.

Además de las tropas de que hemos hablado, el Congreso hizo un contrato para que se aumentase su número con varios regimientos de las colonias del Sur y tambien de Pennsylvania, Nueva-Jersey y Nueva-York; y finalmente publicó una proclama en la que se manifestaba que se adoptarían severas medidas contra los que favoreciesen la autoridad real en perjuicio de los americanos.

La absoluta carencia de pólvora en el campamento y las grandes dificultades que ofrecia adquirir municiones, colocaron á Washington en una situacion muy crítica, pues si entonces el general Howe hubiera activa-

do sus medidas para atacar á los americanos, desordenados en aquellos dias por el movimiento de las tropas que se iban y de los nuevos reclutas que llegaban, es casi seguro que los ingleses habrian obtenido una completa victoria, introduciendo la muerte y la desolacion en el ejército de Washington (*). Pero afortunadamente el general británico permaneció tranquilo, y despues de cierto tiempo fueron desvaneciéndose los temores del jefe americano.

La opinion del Congreso y de algunas otras personas era que Washington debia hacer algo mas que sitiarse á Boston; hubo no pocas murmuraciones censurando la inactividad de las tropas, y pareció estraño que Washington no atacase la ciudad. Su propio impulso, sin embargo, le aconsejaba hacerlo así, y en su consecuencia, á principios de enero de 1776 reunió un Consejo de guerra para que se decidiera sobre este punto. El

(*) Las tropas de Connecticut resolvieron marcharse juntas cuando iba á espirar el tiempo de servicio, lo cual hubiera causado una sensible baja en el ejército ya muy débil de por sí. Tan estraordinaria conducta resintió mucho á Washington, quien á pesar de sus esfuerzos no pudo conseguir que dichas tropas permaneciesen en el campamento mas de diez dias, para dar lugar á que llegase la nueva milicia. Con tal motivo, Washington escribió al gobernador Trumbull, y este último, segun dice Mr. Sparks, contestó del modo siguiente: «Es muy difícil defender la libertad, desempeñar el gobierno y mantener la subordinacion, impidiendo al mismo tiempo que se lleven á cabo las operaciones de alistamiento y leva de tropas. Los hijos de Nueva-Inglaterra ansian la libertad, pero creen que su enganche en el servicio es puramente voluntario, y por lo tanto, cuando termina el plazo por que se alistaron, se creen libres de todo compromiso. Esto es lo que sucedió en la pasada guerra, y temo que ocurra lo mismo con los soldados de las demás colonias, pues en mi concepto, tal es el carácter y espíritu de nuestro pueblo.» Mr. Irving dice con este motivo, que los hombres de Connecticut encontraron tan pocas simpatías en el camino cuando regresaban á sus casas, que apenas hallaron quien les diera de comer, y que cuando estuvieron en presencia de sus mujeres, éstas les reprehendieron tan amargamente, que los reclutas juzgaron preferible hacer frente al enemigo y á los cañones británicos, que oír las duras recriminaciones de las matronas de Connecticut.

Consejo se opuso resueltamente al ataque, y el jefe se vió precisado á ceder, aunque de muy mala gana, segun se desprende de cierta carta que escribió entonces, en la cual se espresaba de este modo: «Si yo hubiera previsto las dificultades en que nos hemos visto luego, y si hubiese sabido cuánta era la desanimacion de nuestros adversarios, todos los generales del mundo no habrian podido convencerme ni inducirme á que dilatase por mas tiempo el ataque á la ciudad.»

Al mes siguiente Washington escribió una carta á José Reed, en la que, hablándole de las duras pruebas y disgustos por que habia tenido que pasar durante varios meses, se espresaba de este modo: «Conozco cuál es mi triste situacion; no ignoro que se espera mucho de mí; sé que sin hombres, sin armas, sin municiones y sin nada de lo que se necesita para las tropas, muy poco es lo que se puede hacer, y no se me oculta, en fin, que será difícil justificarme ante el mundo, sin manifestar en perjuicio de la causa que defiendo, cuántas son mis necesidades y cuán crítica mi posicion, cosa que estoy resuelto á no hacer, á menos que no llegue á conocimiento de todos por inevitables circunstancias. Mi situacion es á veces tan precaria, que si no consultase el bien público, y si solo mi tranquilidad, hace tiempo que habria abandonado el puesto. Lejos de tener un ejército de veinte mil hombres bien armados, solo cuento con la mitad de ese número á consecuencia de las bajas por enfermedades, y aun esos ni están bien armados ni vestidos como debieran. En una palabra, me he visto tan apurado, que he tenido que hacer todos los esfuerzos imaginables para ocultar á los oficiales lo que pasa.» Por fortuna para la causa que defendia y á que consagrara su vida, Washington no se dejó vencer por las dificultades y obstáculos,

y tuvo siempre una ciega confianza en la proteccion de la Divina Providencia.

Habiendo resuelto el Consejo provincial que los Tories que se ausentaran no se llevasen sus efectos, los habitantes de Falmouth, al norte de Massachusetts, ahora Portland, en el Maine, se opusieron á que se cargara un buque, cuya medida dió lugar á que se decretara la destruccion de la ciudad para que sirviese de ejemplar castigo. Con este objeto el almirante Greaves envió con varios buques de guerra al capitán Mowat, quien llegando el 17 de octubre á Falmouth, comunicó á los habitantes que les daba dos horas de término para que se pusieran en

salvo. Habiéndose pedido esplicaciones al capitán sobre aquella extraordinaria intimacion, contestó que tenia orden para incendiar todos los puertos comprendidos entre Boston y Halifax, y que suponía que el de Nueva-York estaba ya reducido á cenizas. El capitán añadió que no podía eludir aquellas órdenes sino con la condicion de que los habitantes hiciesen entrega de sus armas y municiones y de cuatro personas principales de la ciudad, que quedarian en rehenes para garantir que la poblacion no haria armas contra la Gran Bretaña. En el caso de negarse á estas condiciones, aseguró el capitán que en el término de tres horas reduciría la ciudad á cenizas. No sabiendo qué hacer ante aquella imprevista intimacion, los habitantes pidieron y consiguieron al fin que se alargara el plazo hasta la mañana siguiente, y entre tanto ocupáronse en trasladar sus familias y efectos. Al otro dia, el capitán Mowat comenzó el bombardeo con inusitada furia, y muchos habitantes que se habian subido á las alturas, fueron espectadores de un terrible incendio que redujo á muchas personas á la miseria y á la desesperacion. Mas de cuatrocientas casas

quedaron totalmente destruidas y Newport y Rhode-Island, que se vieron amenazadas luego, tuvieron que temporizar con el enemigo, facilitándole una remesa de víveres (*).

Atentados de esta naturaleza no podian menos de exasperar á los colonos, y no pasó mucho tiempo sin que proyectaran emprender expediciones en el mar contra las fuerzas británicas. Al efecto dispusiéronse varios buques, y el Congreso provincial de Massachusetts aprobó, en 10 de noviembre, una ley por la cual se concedia autorizacion para ejercer represalias contra los buques de la Gran Bretaña, y además de esto, instituyóse un tribunal de marina por las autoridades provinciales. Las colonias del Sur imitaron el ejemplo, y bien pronto estuvieron en estado de hacerse al mar cinco ó seis buques armados, que Washington ocupó desde luego para impedir, en cuanto fuese posible, que Boston recibiera socorros por mar. Hicieronse á poco varias capturas, y entre ellas una muy importante, debida al capitán Manly, que en 29 de noviembre se apoderó de varias municiones de guerra, muy convenientes entonces para el ejército americano. Pero estas empresas no daban en general muy buen resultado, pues la mayoría de los oficiales era incompetente para aquel servicio y los hombres de la tripulacion se mostraban muchas veces dispuestos á insubordinarse, por manera que todo aquello entorpecía mas bien que auxiliaba las operaciones del jefe americano. Debemos consignar aquí que, hácia mediados de diciembre, el Congreso resolvió montar trece buques de diferentes tamaños y capacidad los cuales fueron la base de esa magnífica escuadra cuyas brillantes hazañas tendremos que referir despues en los siguientes capítulos de esta historia.

(*) *Anales de Holmes.*

APÉNDICE AL CAPÍTULO XIII.

DECLARACION MANIFESTANDO LAS CAUSAS QUE OBLIGAN Á LAS COLONIAS

Á TOMAR LAS ARMAS (1).

«Si á los hombres dotados de un recto juicio les fuera posible creer que el Divino autor de nuestra existencia desea que una parte de la raza humana ejerza absoluto dominio sobre todos los demás seres vivientes, y que en su infinita bondad y sabiduría designa á los que deben sufrir una dominacion que no debe resistirse por muy opresora que sea, los habitantes de estas colonias podrian pedir al Parlamento de la Gran Bretaña que les probase de un modo ú otro que se hallaba revestido de tan temible autoridad. Pero por la reverencia y respeto que debemos á nuestro Criador, por los principios de la humanidad y por lo que dicta el sentido comun, deben convencerse todos aquellos que reflexionen sobre este punto, que el Gobierno se instituyó para atender al bienestar del género humano, y que no debe tener otro objeto. La Legislatura de la Gran Bretaña, sin embargo, estimulada por la desordenada ambicion, no solo de adquirir un poder injustificable, sino tambien contrario á la Constitucion de ese reino, y ansiando obtener á

toda costa sus fines sin consideracion á la justicia, á las leyes y al derecho, ha intentado llevar á cabo el cruel proyecto de esclavizar á estas colonias por medio de la violencia, lo cual nos ha obligado á recurrir á las armas, despues de apelar en vano á los medios conciliatorios. Y ya que esa Asamblea se muestra tan tenaz en su ciego afán de adquirir un dominio ilimitado, sin consideraciones á la razon y á la justicia, nosotros nos creemos obligados, por respeto al mundo, á dar esplicaciones acerca de nuestra justa causa.

»Nuestros abuelos, habitantes de la Isla de la Gran Bretaña, dejaron su pais natal para trasladarse á estas regiones á vivir bajo el amparo de la libertad civil y religiosa, y á costa de su sangre, arriesgando sus escasos bienes para no ser gravosos al pais que acababan de abandonar, y despues de infinitos trabajos y contratiempos, consiguieron al fin, establecerse en las distantes é inhospitalarias selvas de América, pobladas entonces por numerosas tribus de salvajes guerreros. Luego se formaron sociedades, gobiernos y legislaturas, en virtud de las Cartas con-

(1) Aprobada en 6 de julio de 1775.